

FLORES

Dieciséis ojos observan, fijos y pétreos, el devenir del tiempo, que discurre cíclico y sin progreso. Saben los ojos que ahora hay una carretera y no les gusta, los cambios no son buenos. Los ojos ven el río subir y bajar de acuerdo a las lluvias y a los árboles mudar su color según las estaciones, que se suceden, se repiten. El pueblo crece y se transforma más allá de ellos, y envidian la perspectiva del castillo, que todo lo ve. Viven los ojos en una ignorancia tibia y un odio quedo.

Cruzando sobre los dieciséis ojos, Flor vuelve a casa mientras atardece. El río se hace notar y Flor mete las manos en los bolsillos y esconde la cara un poco más tras el cuello alto. Cuando llegó, creía que sería más fácil, conoce el invierno y tiene buena ropa de abrigo, pero el pueblo no es Madrid, ya se lo habían dicho. Aquí el frío viene antes y con más fuerza, y eso que ya no es como antes, aquí nieva más veces y la primavera tarda más en notarse, pero te acabarás acostumbrando. Lleva dos meses en el pueblo y no se acostumbra, hacerse un hueco está siendo más laborioso que en la capital, o eso le parece, quizá la mente la engañe para recordar solo lo bueno. Madrid también fue difícil, pero ha sido su hogar durante veinte años y ha dejado allí amigos y familia. Irse y dejar es su sino, piensa, irse y no volver, irse y mirar atrás con una pena grande, dolorosa y muda. Cuando llega a casa, por fin, pone la calefacción y se cambia de ropa, prepara té para entrar en calor y enciende la tele para no sentirse sola. Con el runrún del programa, hoy 730.000 euros en juego, ¿quién se los llevará?, vamos con el roscó, se adormece. Mañana será un día intenso, empieza en una casa nueva, con la señora Margarita.

Amparo baja el volumen del televisor para hablar con su marido, porque no hay quien se entienda con el concurso ese de fondo.

—Mira, Chinto, es la señora que ha puesto el Ayuntamiento, no puede ser tan mala.

—Si yo no digo que sea mala, digo que a lo mejor lo es, que hasta que no pase algo no lo sabremos.

—¿Y qué va a pasar?

—Yo qué sé, podría ser que se robara las joyas.

—Pero cuáles joyas, Jacinto, que estás delirando.

—Pues las joyas, las del cofrecito de la cómoda, que ahí mi madre guarda el collar de perlas y la medalla de la virgen y el anillo de bodas.

—De verdad que a veces pareces tonto, que eso no vale nada, ¿quién perdería su puesto de trabajo por cuatro perlas falsas y una medalla que ni es de oro, que estará bañada en oro como mucho, y el anillo ese roñoso, que ni al peso te van a dar ni dos duros?

—Bueno, eh, sin faltar, que son las cuatro cosas que tiene mi madre, su valor tendrán, y la Flor esa no tiene por qué saber si valen o no para robarlas.

—No, si cuando te subes al burro no hay quien te baje. Yo lo que te digo es que nos ha costado un montón que valoraran a tu madre lo de la dependencia y que por fin nos lo han dado, que tu madre va a estar mejor cuidada y nosotros con más tiempo libre, y que, en vez de estar contento, estás ahí pensando en no sé qué locura de ladrones y joyas.

—Pues pa ti la perra gorda, cuando pase algo ya veremos quien tiene razón.

—Eso, ya veremos.

Amparo le da la espalda y sale de la cocina, le parece mentira que tenga que convencer de esto a su marido, si Flor ya lleva dos meses en el pueblo y está cuidando de la madre de Rosa y no ha dado ningún problema. Jacinto se queda apoyado en la encimera, pensando en que la que va a poner el grito en el cielo va a ser su madre cuando sepa que Flor es dominicana.

Mañana viene la chica nueva. Marga enciende la tele para entretenerse hasta la hora de cenar, hay un concurso de preguntas y respuestas que le gusta. ¿Será buena idea? Claramente es una idea horrible meter en su casa a una desconocida, más aún, siendo de otro país. Es verdad que le hace falta, se siente mayor, cansada y un poco nerviosa. Marga se tapa las piernas con el chal. ¿Trabajaré bien?, en esos países ya se sabe, van a otro ritmo, son lentos y vagos, será por el calor, mira si no los andaluces, que se echan esas siestas eternas. Marga también se echa la siesta, pero es diferente, aquí se ha trabajado toda la vida de sol a sol, no es una siesta, es que te quedas un ratito traspuesto después de comer, en el sofá del salón, nada de tumbarse, la cabeza apoyada en el respaldo, los ojos cerrados, un ratito corto para hacer la digestión. ¿Cómo hace alguien para venirse de tan lejos? Ella no podría, no ha salido del pueblo en su vida, ha ido de vacaciones, claro, ha viajado, pero vivir solo ha vivido en su pueblo. Puede imaginarse lo que es irse a una ciudad grande, a Soria, por ejemplo, o más grande, Barcelona, aunque eso ya se le hace demasiado, pero ¿cruzarse el charco?, ¿a qué distancia está Republica Dominicana?

Siete mil kilómetros, nueve horas de vuelo, quinientos euros, todo eso multiplicado por dos para ir y volver. Flor mira en el móvil el precio de los vuelos a Santo Domingo, aunque este año será imposible por la mudanza y porque, cuando tienes que mandar dinero a tu país, ahorrar es casi un milagro. Cada noche la misma angustia, pensando en lo injusto que es estar cuidando ancianos para mandar dinero a su madre, tan mayor y viuda, y la misma esperanza, repasando los precios por si hubiera alguna oferta, haciendo planes imposibles hasta que le entra el sueño.

—Buenos días, señora Margarita, yo soy Flor, encantada.

—Vaya nombre raro. Y llámame Marga, haz el favor.

Flor calla lo que piensa: Rosa, Jacinto, Margarita, pero lo raro es su nombre.

—¿Dónde puedo colgar el abrigo?

—En la entrada hay un perchero y puedes dejar también el bolso. ¿Qué traes ahí?

Flor abre la bolsa y enumera: un par de trapos de microfibra, el cristasol, fairy, un estropajo y guantes.

—Yo tengo de eso, no hace falta que andes paseando tus cosas. Guantes no tengo, eso está bien.

—¿Por dónde empiezo?

—¿Sabes cocinar?

A Flor le gusta cocinar, hace un sancocho muy celebrado en su casa, pero veinte años en España preceden su respuesta.

—Sí, algunas cosas, arroz, pasta, guisos.

—Bueno, ya irás aprendiendo. Yo lo que necesito es que cocines, ¿sabes?, porque la casa no está tan mal.

Flor mira con disimulo, tendrá que ir haciendo cosas de a poquitos.

—¿Quiere que ponga una lavadora mientras le hago la comida?

—Sí.

—Y ya le cambio las sábanas, si le parece bien.

—Sí, sí, haz eso.

Marga sigue a Flor hasta la habitación, no vaya a ser que se le ocurra cogerle algo. Desde el quicio de la puerta, la mira quitar las sábanas y le indica dónde están las limpias. Flor sale y Marga la sigue por el pasillo, hasta la cocina. Ahí está la lavadora, a ella le gusta poner el detergente dentro del tambor y poner bastante suavizante, porque el olor a viejo es una cosa mala. En la cocina no hay nada de valor, pero Marga se sienta en un taburete, vigilando cómo Flor hace unas lentejas

—Hay que hablar con Flor, esto de que ande haciéndole la comida no es útil, si a mí lo mismo me da guisar para dos que para tres y llevárselo en un táper.

—Mi madre lo prefiere así, no se fía de que Flor ande sola por la casa.

—Pero si ya lleva un mes con ella, tendrá que fiarse. En esa casa lo que hace falta es limpiar, que como va tu madre como una alcayata, no llega con el trapo a nada. El espejo del baño está limpio hasta la mitad, las ventanas hace tiempo

que renunció a ellas, las cortinas cualquier día salen caminando solas, por no hablar de la mugre que hay en las juntas de la cocina, del baño, de los suelos.

—Mi madre siempre ha sido muy limpia.

—Pero tu madre nunca ha tenido ochenta años, Jacinto, que el tiempo no perdona.

A Flor le está costando llevar a la señora Marga, ella intenta limpiar mientras cocina, deja un guiso al fuego y aprovecha a barrer, tender una lavadora, darle un fregao al baño, pero Marga la persigue, eso no hace falta, si eso ya lo hice yo ayer, dando vueltas detrás de ella como un perro vigía, porque de esta gente no te puedes fiar, que nada bueno traen. Quizá si encontrara algo que tengan en común, algo que las conecte, porque Marga no puede ser tan distinta de otros viejos ni tan cabezona como parece.

—Mi madre tiene su edad, ¿sabe?

—Mucha gente tiene ochenta años.

Flor no hace caso de la distancia que Marga impone y sigue.

—Está en Santo Domingo, vive sola, yo mando dinero y una prima mía se hace cargo, va todas las tardes para ver qué necesita y le hace compañía y limpia, porque mi madre ya limpiar nada.

Marga pillla la referencia y se revuelve.

—Yo en cambio sí que limpio.

Flor suspira en señal de rendición.

Ese día, a las ocho de la mañana ya está en la calle, aunque hasta las nueve no empieza su horario. El cielo está teñido de amanecer y el frío le despeja la mente, a esta hora hay bastante movimiento en el puente y el tráfico conecta a Flor con un ritmo rápido, casi urbano. Entra al pueblo por el arco y cruza la plaza, está dando un rodeo enorme, porque la casa de la señora Margarita queda al otro lado, pero quiere pasar por San Miguel, aunque esté cerrada, y santiguarse. Esta iglesia fue uno de los motivos que la trajo a San Esteban, cuando se puso a mirar opciones, porque Madrid está imposible, y el hijo se fue a vivir con la novia, y el sueldo de suplente en la residencia no da para pagar un alquiler sola, y ella ya no tiene edad de compartir piso, y, finalmente, porque la iglesia de su barrio, en Santo Domingo, es la parroquia de San Miguel, y quiso ella creer que era una señal, el empujón que necesitaba para terminar de convencerse de que sería ese pueblo y no otro. Cuando llega, el sol ha terminado de salir. Qué iglesia tan bonita, nada que ver con la de su infancia, y qué pena que esté cerrada. Se sienta en las escaleras y mira al cielo, girones rosados despiden la angustia nocturna. Pronto los días serán más largos, la primavera se acerca y ella lleva casi cinco meses aquí. Antes de irse, pide a San Miguel Arcángel que la ayude luchar, a no rendirse, a ser compasiva. Una esperanza nueva se hace hueco y deshace el camino para ir a trabajar.

—¿Es devota de San Miguel? Yo lo soy, mi abuela tenía un altarcito de San Miguel Arcángel en casa. Y en el barrio, en Gualey, que es un barrio de Santo Domingo, nuestra parroquia está dedicada a San Miguel. Es mi santo preferido, porque es un guerrero, desde niña le he rezado. Ustedes tienen una iglesia muy bonita en este pueblo.

Marga se hincha como un pavo, San Miguel es su debilidad.

—Pues sí que soy, sí. Y de la Asociación de Jubilados de San Miguel, mi marido lo era y yo he continuado.

Flor sonrío, aparta el guiso del fuego, lo prueba. Esto está hecho.

—¿Y qué hacen en la asociación?

—Pues muchas cosas. ¿Has visto los árboles de la plaza de San Esteban? Pues eso fue idea de las mujeres de la asociación.

Sí que los ha visto, los troncos están adornados con cuadrados de ganchillo, todos diferentes y cosidos entre sí.

—A mí también me gusta el ganchillo, aunque nosotros le decimos crochet, pero es lo mismo, mi abuela tejía mucho.

Flor mira la hora, en el ratito que queda le da tiempo a fregar el suelo del baño. Marga la sigue por el pasillo, pero no se queda vigilando, sino que sigue hasta su habitación y allí se la oye sacar cosas. Es la primera vez que Flor limpia sin tener a Marga controlando. Cuando acaba, Marga está en el salón, ha sacado una bolsa con madejas y cuadrados tejidos, y hay también un álbum de fotos abierto sobre la mesa baja.

—Mira, hija, esto es lo que estoy tejiendo ahora.

Flor se sienta a su lado, ha terminado y no tiene a nadie después.

—En esta foto de aquí se ve la plaza hace unos años, no me digas que no está más bonita ahora, con los árboles engalanados.

En la foto dos personas sonrían. A la fuerza han de ser la señora Margarita y su marido.

—Lo echo de menos, una no se acostumbra a la soledad.

Flor asiente, no puede estar más de acuerdo, la soledad es un agujero grande que duele por las noches.

—Tú echarás de menos tu país.

Flor se levanta, ¿quiere algo?, quizá café. Mejor una copita de vino, que es hora del aperitivo, hay vino rosado en la nevera, que es el que ella bebe, saca dos copitas, y Flor viene con dos copas y la botella, para que Marga haga los honores, y se sienta a su lado.

—Y dime, niña, cuéntame tu historia, ¿cómo es que te viniste a España?